

El mito de las edades en tierras de Chile

María Gabriela HUIDOBRO S.
Universidad Andrés Bello-Chile

ata, citation and similar papers at core.ac.uk

brought to you

provided by Portal de Revistas Científicas

ella se bastaba como madre para proteger a todos
(Sen., *Epíst.*, XIV, 90, 38)

RESUMEN

Los poetas que cantaron la Guerra de Arauco en Chile, en el siglo XVI, recurrieron a la tradición clásica para representar este conflicto, evocando así diversos tópicos de la literatura antigua. Uno de ellos fue el mito de las edades, motivo que les sirvió para contrastar el mundo de la guerra en que vivían, y los ideales que sentían perdidos y que añoraban para su propia época. Los poemas *La Araucana*, *Purén Indómito* y *Las Guerras de Chile*, se sirvieron de este tópico para comprender el momento que vivían, otorgando a la tradición literaria un valor histórico, al cargar de sentido a sus testimonios y vivencias.

Palabras claves: mito de las edades, tradición clásica, poesía épica, guerra de Arauco.

The Myth of the Ages on Chilean Lands

ABSTRACT

The poets who wrote on Arauco's War in Chile, in the 16th century, resorted to the classic tradition to represent this conflict, evoking topics of the ancient literature as the myth of the ages. This motive served them to contrast the world of the war in which they were, and the ideal ones which were feeling lost and which were yearning for their own epoch. The poems *La Araucana*, *Purén Indómito* and *Las Guerras de Chile*, rescued this topic to understand their own moment, granting to the literary tradition a historical value, on granting sense to their testimonies and experiences.

Key words: Myth of the Ages, Classical Tradition, Epic Poetry, Arauco's War.

SUMARIO: 1. El mito de las edades en *La Araucana*: la expedición a Chiloé. 2. *Purén indómito* y la crítica a los vicios de su edad. 3. *Las Guerras de Chile* y la travesía por las edades. 4. El Mito de las Edades y el valor de los clásicos. 5. Bibliografía.

Bien sabido es que el descubrimiento y la conquista de América evocaron en los ojos de diversos humanistas, poetas, cronistas y soldados, la imagen de un tiempo perdido, en el que los vicios de la civilización no habían corrompido las formas de

vida y de sociedad de los hombres. Los poblados más primitivos, especialmente, inspiraron en los europeos la idea del “buen salvaje”, que mereció tratados políticos, religiosos y antropológicos, así como el debate acerca de la dignidad de los indígenas y los derechos que les correspondían en su encuentro con el “mundo civilizado”.

Atendiendo también a este tópico, la poesía le dedicó versos que, con un tono nostálgico, hablaban de aquella ingenuidad de los hombres americanos que los conquistadores, en cambio, habían perdido en tiempos inmemoriales. Y lo hizo a través del lenguaje que mejor se prestaba para la evocación de ese pasado remoto: aquel de la mitología clásica.

Después de todo, la novedad de las experiencias de los conquistadores en tierras americanas requería de su aprehensión y explicación en términos que resultaran comprensibles y familiares, tanto para los sujetos de dicha experiencia como para los lectores de sus testimonios. Y así, el mito de las edades que tantas obras de la tradición clásica habían desarrollado en tiempos antiguos, se prestó para comprender una experiencia que, en este caso, resultaba real. El encuentro entre América y Europa evocaba entonces el contraste entre la edad de oro y la edad de hierro, constituyéndose en un *topos* literario como ya lo había sido en el discurso clásico.

De este modo lo explica Harry Levin, en una cita que nos parece una buena síntesis del proceso de representación de las distintas vivencias para la producción de sus testimonios escritos:

The privilege of undergoing a fresh experience is one thing, and the problem of writing about it is another. The discoverer who has looked upon *terra incognita* must explain it in terms which those who have never been there can readily comprehend. Furthermore, human awareness is conditioned to single out familiar sigluts and sounds, and often to confuse the unfamiliar with what may fit more easily into our preexisting scheme of things. Even if our eyes and ears have seen and heard correctly, the results of our observation must be reported in language, and language is the creature of convention (Levin 1969: 59).

La conquista de Chile no fue la excepción a la regla. Los cronistas y poetas se volcaron a narrar el encuentro entre españoles e indígenas apoyándose en la tradición historiográfica y literaria que los clásicos les ofrecían. Sin embargo, en el caso de la guerra de Arauco, priman los testimonios acerca de los encuentros bélicos, pues este pueblo, lejos de aparecérselos a los españoles como “buen salvaje”, les opuso una resistencia tan fiera que sólo podía inspirar en ellos las imágenes de los más admirables sacrificios y proezas del mundo épico antiguo. Poemas como *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569), *Arauco Domado* de Pedro de Oña (1596), *Purén Indómito* de Diego Arias de Saavedra (1603) y el poema anónimo *Las Guerras de Chile* (1610), siguieron el modelo de la tradición clásica para centrarse, especialmente, en los motivos bélicos.

Sin embargo, por ser también la épica un género de viajes y aventuras, ciertos tópicos no podían estar ausentes en las obras recién citadas, más aun considerando

que su naturaleza testimonial permitió a estos poetas inspirarse en sus propias experiencias. Así entonces, en todos ellos hay cabida, por ejemplo, para pasajes que versan acerca de alguna tempestad, para el relato de un incendio y para episodios que inscriben elementos mágicos. Pero para el caso del mito de las edades, son tres los poemas que insertan un episodio que lo recoge y que generalmente les permite alejarse un momento de la violencia de la guerra —de españoles y araucanos—, y de los vicios propios de la edad de hierro que sentían estar viviendo.

El mito de las edades en *La Araucana*: la expedición a Chiloé

Los últimos cantos del poema de Ercilla, lo alejan cada vez más de las tierras araucanas y terminarán, en el canto XXXVII, con una reflexión acerca de la guerra justa y de los derechos de Felipe II sobre Portugal. La muerte del cacique Caupolicán fue el último momento centrado en la guerra de Arauco y tras el lamento del poeta por no haber podido detener su ejecución (XXXIV, 31), sus versos y sus pasos se dirigirán al sur de Chile, acompañando la expedición del gobernador García Hurtado de Mendoza.

A medida que los conquistadores avanzaban, señala Ercilla, los indígenas se percataban de la imposibilidad de vencerlos y así, expandiéndose rumores sobre los abusos y la violencia de los españoles, los aborígenes huían atemorizados. Mediante símiles, los versos de Ercilla se referían al contraste entre el mundo de paz de los indígenas, y el mundo de la guerra que parecía avanzar con la expedición conquistadora:

Nunca el oscuro y tenebroso velo
de nubes congregadas de repente,
ni presto rayo que rasgando el cielo
baja tronando envuelto en llama ardiente,
ni terremoto cuando tiembla el suelo,
turba y atemoriza así la gente,
como el horrible estruendo de la guerra
turbó y amedrentó toda la tierra.

(XXXIV, 49)

Los indígenas, acaudillados por Tunconalaba, decidieron engañar a los españoles, haciéndoles creer que sus tierras eran sumamente pobres y prometiéndoles que, en cambio, hallarían riquezas inimaginables si seguían avanzando hacia el sur. Ellos sabían, en cambio, que los confines de Chile se caracterizaban por sus densas selvas, por sus arriscados espacios y por desembocar finalmente en un estrecho que los desilusionaría y los forzaría a volver sus pasos, renunciando a la conquista de esas

tierras. Conocían, por lo tanto, la codicia y la ambición de los conquistadores, que a lo largo del poema se había asomado en algunas críticas del poeta¹.

Y así, efectivamente, los españoles enceguecidos por su ambición, no supieron ver en su encuentro con Tulconalaba, el engaño que se ocultaba en sus fingidas palabras de amistad. Unos indios se ofrecieron para mostrarles el camino, y los conquistadores, ávidos por hallar tierras más ricas, los siguieron confiados y agradecidos por su amabilidad.

Con su imaginación puesta entonces en *máquinas levantadas y quimeras* (XXXV, 29, 4), ni siquiera se percataron cuando sus guías desaparecieron en la espesura del bosque, abandonándolos a su suerte. Pero los expedicionarios no dieron pie atrás y continuaron, debiendo atravesar con hambre y fatiga los difíciles obstáculos de la naturaleza.

Los sufrimientos, sin embargo, les permitieron ir dejando atrás sus deseos de riqueza y, con ello, de codicia. Sólo los movía, dice Ercilla, el afán de gloria (XXXV, 37, 2) y avanzados ya los días, sólo quedó para ellos la esperanza (XXXV, 38, 2). Parece ser, a primera vista, el relato histórico de un grupo de sobrevivientes, pero podríamos también aventurar en ella una lectura que ya nos prepara para la llegada de los españoles a una edad distinta y mejor —el *otro nuevo mundo* (XXXV, 6, 1)—, requiriendo de ellos la expurgación de aquellos males que en tal estado no existen. Así, los pasos de los españoles no parecen recorrer sólo un trazado geográfico, sino también un sendero moral y una línea mitológica. Eran los hombres de su época, *abriendo a hierro el impedido paso*, quienes mantenían sólo la esperanza de hallar una tierra mejor².

Y finalmente la encontraron. Al séptimo día, relata Ercilla, se les abrió *de Ancud el espacioso y fértil raso, / y al pie del monte y áspera ladera, / un estendido lago y gran ribera* (XXXV, 40, 6-8). Pronto quedaron atrás los males que sólo existen en otras edades —la enfermedad, el frío, el cansancio y el hambre (XXXV, 43)— y dichos, los españoles se arrojaron a comer la frutilla inculta de los campos, como otrora, tal cual decían los clásicos se habían alimentado los hombres de los primeros tiempos:

Y aunque agreste, montés, no sazónada,
fue a tan buena sazón y tan sabrosa,
que el celeste maná y ollas de Egipto
no movieran mejor nuestro apetito.
(XXXV, 44, 5-8)

¹ *La Araucana*, II, 92-93; III, 1-6; XXXII, 4-5, acerca de la crueldad de algunos conquistadores, motivada por fines que desvirtúan la conquista.

² Jaime Concha (1969: 75-76) habla del “purgatorio de la travesía” antes de arribar ante las aguas del canal de Chacao y del archipiélago de Chiloé, aun cuando esto lo entiende en un sentido de trascendencia en órdenes espaciales, que acaba por ofrecer una compensación sobrenatural a los esfuerzos de los conquistadores.

El relato poético, sin embargo, no intenta forzar al testimonio histórico. Ercilla no introduce elementos de ficción ni habla explícitamente, hasta aquí, del mito de las edades. Sin embargo, el encuentro que tuvo con los indígenas del lugar es el que lo inspirará en las reflexiones que lo llevarán a evocar esos míticos tiempos. Y por eso se encarga de enfatizar que el encuentro con estos hombres del sur, si bien maravilloso, no es por eso ficticio:

Quien muchas tierras vee, vee muchas cosas
que las juzga por fábulas la gente;
y tanto cuanto son maravillosas,
el que menos las cuenta es más prudente;
y aunque es bien que se callen las dudosas
y no ponerme en riesgo así evidente,
digo que la verdad hallé en el suelo
por más que afirmen que es subida al cielo.
(XXXVI, 1)

No hay incorporación, entonces, de la edad de oro como elemento literario en *La Araucana*. Pero sí la hay, a ojos de Ercilla, como verdad histórica. Pues él la halló en el suelo, en su expedición, y niega así –indirectamente– que ésta haya volado con Astrea, cuando ésta, según el mito (Hyg., *Astr.*, II, 25, 1-4; Arat., *Phaen.*, 96-136), decidió abandonar a los hombres y a las tierras humedecidas de matanza (Ov., *Met.*, I, 150)³. Y luego presenta ese mundo dorado en los términos de negación que suelen caracterizar a las descripciones clásicas de la edad de oro⁴:

Estaba retirada en esta parte
de todas nuestras tierras escluida,
que la falsa cautela, engaño y arte
aun nunca habían hallado aquí acogida.
(XXXVI, 2, 1-4)

La exclusión es una característica que ya nos la mencionaba Ovidio para la caracterización de los tiempos de oro (“y los hombres no conocían costa alguna a excepción de las suyas”, I, 96). Por otra parte, la *falsa cautela* o la astucia, el *engaño* y el *arte*, quizás, las habilidades técnicas, son propias de la edad de hierro y son

³ Este tema ha sido analizado por Antonio Ruiz de Elvira (1995: 115).

⁴ Tal como hace notar H. Levin, el hombre de la edad de oro suele presentarse en forma negativa y en contraposición a la edad de hierro, es decir, ofreciendo una imagen de todo aquello que aún no había en los tiempos de los primeros hombres (1969: 58). De este modo, la edad de hierro en Ovidio (*Met.*, I, 140 y ss.) es la edad de oro (*Met.*, I, 90 y ss.), pero invertida. Así también, Séneca describe a Lucilio la edad de oro en términos de ausencia (*Epíst.*, XIV, 90), pues finalmente se caracteriza siempre a partir de la realidad que le es propia y conocida y ésta es, la edad de hierro.

motivo de los conflictos que la caracterizan en los cuadros que nos ofrecen las fuentes clásicas, como aquellas de Ovidio y de Hesíodo:

Se vive de lo robado; el huésped no está seguro de su huésped, no el suegro del yerno, también es inusual la armonía de los hermanos (Ov., *Met.*, I, 144 y ss.).

El malvado tratará de perjudicar al varón más virtuoso con retorcidos discursos y además se valdrá del juramento (Hes., *Op.*, 193).

Y en Séneca advertimos las críticas al arte, que genera lujo y, con él, la codicia:

Créeme: fue feliz aquel siglo antes que hubiese arquitectos y decoradores. Tales oficios surgieron cuando ya se introducía el lujo, a fin de cortar a escuadra las vigas y mediante la sierra dividir por el trazo señalado, con mano firme, el tronco. (Sen., *Epíst.*, XIV, 90. 9)⁵.

Tal vez por eso, cuando los indígenas desembarcan de sus piraguas para encontrarse con los recién llegados, Ercilla los describe como hombres de pelo negro y crespo, pero de *blanco gesto* (XXXVI, 3, 3), en una caracterización que más bien parece referirse —como ha observado I. Lerner (1993: 934)— a su disposición de ánimo que a su color de piel. Pues los valores que luego sustentan las palabras de uno de los aborígenes bien exponen los bienes que debían caracterizar la edad de oro:

¿Por cuál caso o fortuna sois venidos
por caminos y sendas tan estrañas
a nuestros pobres y últimos rincones,
libres de confusión y alteraciones?
(XXXVI, 4, 5-8)

Si en este mundo no se conocen los problemas, difícilmente podrían haberlos nombrado. Son, por tanto, los versos del poeta puestos en boca del indígena, los que nos permiten recrear este mundo de paz.

Toda comodidad y aviamiento
con mano larga y voluntad graciosa
hallaréis francamente en el camino
por todo el rededor circunvecino.
(XXXVI, 5, 5-8)

⁵ Una imagen similar puede advertirse en el *De rerum natura* de Lucrecio cuando contrasta la felicidad primitiva y los progresos del hombre, con los consiguientes desafíos que este último supone (V, 925 y ss.)

Es la imagen de un mundo en el que no es necesario trabajar arduamente para conseguir el alimento. La naturaleza provee y convive en perfecta armonía con los hombres que sacan provecho de ella, tal como lo sugerían los poetas antiguos (Hes., *Op.*, 110 y ss.; Lucr., V, 925-950; Verg., *G.*, I, 125-127; Ov., *Met.* 100-110; Sen., *Epíst.*, XIV, 90, 37).

Y si queréis morar en esta tierra,
tierra donde moréis aquí os daremos;
si os aplice y os agrada más la sierra,
allá seguramente os llevaremos;
si queréis amistad, si queréis guerra,
todo con ley igual os lo ofrecemos:
escoged lo mejor que, a elección mía,
la paz y la amistad escogería.
(XXXVI, 6)

El discurso del cacique se cierra así con otras dos características más de la edad de oro de la tradición clásica: la ausencia de propiedad privada (Verg., *G.*, I, 125; Sen., *Epíst.*, XIV, 90, 38) y de leyes positivas (Ov., *Met.* I, 90; Lucr., V, 957-960).

Son todas características que, muy probablemente, coinciden históricamente con el mito de las edades. Pero es Ercilla quien se encarga de presentarlas a partir de los códigos que dictaba la tradición, la misma que lo inspira en sus reflexiones finales, aquellas que finalmente continúan ese *topos* literario que confronta a las edades:

La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente destas tierras
daban bien a entender que la cudicia
aún no había penetrado aquellas sierras;
ni la maldad, el robo y la injusticia
(alimento ordinario de las guerras)
entrada en esta parte habían hallado
ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo
todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo
les dimos el lugar ancho y ancha entrada;
y la antigua costumbre corrompiendo,
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la cudicia su estandarte
con más seguridad que en otra parte.
(XXXVI, 13-14)

Finalmente, una caracterización de los españoles, supuestamente realizada desde la perspectiva de los indígenas, atiende por contraste a las diferencias entre uno y otro mundo, e intenta indirectamente acomodarse a las pautas dictadas por el mito:

Quedábanse suspensos y admirados
de ver hombres así no conocidos,
blancos, rubios, espesos y barbados,
de lenguas diferentes y vestidos⁶.
Miraban los caballos alentados
en medio de la furia corregidos
y más los espantaba el fiero estruendo
del tiro de pólvora estupendo.
(XXXVI, 16)

Ante este pueblo maravilloso, Ercilla se siente la personificación de una edad corrompida, y el paso que abrieron con el hierro a través de la selva, es también el puente que unirá ambas edades, acabando así con la exclusión de ese mundo dorado.

Si bien continúa luego el poeta describiendo a los poblados que verá en esta expedición, la caracterización que hace de ellos no parece tener sólo un objetivo etnológico. Aun cuando se ha valorado este testimonio por los datos que entrega sobre los indígenas del sur de Chile, nos parece que gran parte de su descripción no se centra tanto en sus particularidades cuanto en los elementos que sirven al poeta para universalizar su relato, subordinando los aspectos materiales a los de índole moral:

En este momento Ercilla ya no es soldado conquistador sino que se construye a sí mismo como el perfecto descubridor; su meta no es material sino ideal, y desde su idealismo la cualidad paradisíaca del lugar va ligada no sólo a las maravillas naturales que la conforman sino, sobre todo, a la bondad natural de sus gentes (Valero 2008: 19).

De todos modos, apegándose siempre a la verdad, Ercilla intenta no deformar la historicidad de su relato. Y sin embargo, sí lo subjetiva. Su expedición hasta Chiloé no parece ser sólo una descripción rimada de esta experiencia, sino una vivencia cultural para el poeta. Tal como él dice, halló en esas tierras lo que antes había conocido por los libros y, en ese sentido, vio descender a Astrea al archipiélago de Chiloé.

Purén indómito y la crítica a los vicios de su edad

Compuesto por veinticuatro cantos, *Purén Indómito* abarca el periodo de la guerra de Arauco que corre desde la muerte del gobernador de Chile, Martín García Oñez de Loyola, a manos de los araucanos en diciembre de 1598, hasta la victoria de los españoles en Yumbel, a las órdenes del gobernador Francisco de Quiñones.

⁶ Algunas octavas antes, Ercilla se había detenido a describir la vestimenta de los indígenas. Por lo tanto, no estaban desnudos y aun así, el poeta dice que se sorprenden de ver a los españoles vestidos. Bien puede intentar este verso acomodarse a la tradición, que sugería que las vestimentas eran propias de las edades posteriores a la de oro.

Si bien se trata de un breve periodo cronológico, éste fue al mismo tiempo uno de los más críticos y trágicos para los soldados y colonos españoles del sur de Chile, lo que repercutió en la perspectiva con la cual el poeta, Diego Arias, nos da testimonio de los acontecimientos. La muerte del gobernador Loyola conllevó el levantamiento de gran parte de los pueblos indígenas de Arauco, que saquearon y destruyeron las ciudades hispanas fundadas al sur de Concepción.

Diego Arias habría sido testigo de estos acontecimientos. Habiendo arribado a Chile en 1589, había servido a las fuerzas españolas hasta retirarse para vivir en las cercanías de la ciudad de Chillán, de la que fue alcalde precisamente el año de la muerte de Loyola (Almeyda 1944: 11-14). Su relato poético resulta, por lo tanto, un testimonio cargado de un tono trágico y pesimista, que ya no percibe la guerra como el escenario propicio para hacer gala del valor y para glorificar a sus participantes, sino como un mundo de contrastes y de sufrimiento, que no se desea, pero que se necesita para sobrevivir.

Su visión, sin embargo, no surge de la victimización de las fuerzas españolas. Por el contrario, el poeta busca constantemente las causas de la dramática situación que se vivía y entendiendo que la Fortuna no es sólo la ciega fuerza del destino, sino la manifestación de la Divina Providencia, comprende que el orden de las cosas posee un fundamento moral. Así pues, parte de los sufrimientos de los españoles son responsabilidad de ellos mismos, del descuido de su misión original, de los abusos cometidos por algunos encomenderos y de la corrupción de los colonos, que escindía así a la conquista entre ideales y realidad.

Las reflexiones de este carácter atraviesan el poema, pero cobran mayor fuerza cuando se anuncia ya la intervención de Francisco de Quiñones, figura alrededor de la cual debía organizarse el argumento. Y es el canto XX el que se abre, entonces, con las sentencias centradas en la imprudencia y en aquellos vicios que surgen del descuido:

Por un descuido y necia confianza,
cuanto ganado en mil años habemos,
cuando tememos menos la mudanza,
en una hora sola lo perdemos:
quien por el mar navega con bonanza
cual solemos decir a vela y remos,
si a la tormenta entonces no temiere
burlado quedará cuando viniere.

(XX, 2)

Las octavas de este canto comienzan a sugerir así la recreación de una edad de hierro, que pese a que al inicio no se menciona explícitamente, parece dictar las pautas para la recreación del momento histórico. Arias nos representa a la colonia española en Chile sumida en los errores más tradicionales de la quinta edad del mito hesiódico:

En este reino mísero reinaban
insultos, fraudes, trampas, odios, iras,
adulterios, incestos no faltaban,
envidia, ambiciones, ni mentiras:
los vicios todos sin cansar se andaban
tirando apriesa ponzoñosas viras
a las mezquinas ánimas dolientes
de aquellas miserables sus sirvientes.
(XX, 58)

Llaman al temerario aquí esforzado,
al importuno y torpe, diligente,
al cobarde y medroso, recatado,
al hablador sin término, elocuente,
al escaso, modesto y concertado,
al pródigo, magnánimo prudente,
al malicioso, simple, sabio al necio,
tibio al honesto, flojo al fuerte y recio.
(XX, 62)

Menos valía el noble que el villano,
gobernaba el cobarde al animoso,
al con ojos, el ciego, el cojo al sano,
el fácil al constante valeroso,
el soberbio al humilde, el mozo al cano,
el sin piedad alguna al piadoso,
el ignorante al sabio, el loco al cuerdo,
al despierto el dormido y sin acuerdo.
(XX, 63)

Los versos nos recuerdan la descripción de Hesíodo de un mundo que parece moralmente invertido, en el que rigen los vicios y en el que la autoridad la poseen los injustos:

Ningún reconocimiento habrá para el que cumpla su palabra ni para el justo ni el honrado, sino que tendrán en más consideración al malhechor y al hombre violento. La justicia estará en la fuerza de las manos y no existirá pudor; el malvado tratará de perjudicar al varón más virtuoso con retorcidos discursos y además se valdrá del juramento. La envidia murmuradora, gustosa del mal y repugnante, acompañará a todos los hombres miserables. (*Op.*, 190 y ss.).

Era el mundo que la justicia había abandonado, en la forma en que Astrea lo había hecho según el mito. Ésta era la situación a la llegada de Quiñones y el motivo de las derrotas españolas. Por tanto, el poeta no esperaba del gobernador sólo un giro en los hechos militares, sino especialmente en la moralidad del reino.

Por esta razón, se enfocaba principalmente el poeta en comparar al protagonista con los modelos de piedad, de sabiduría y de justicia de la antigüedad: con Néstor,

Numa Pompilio, Catón, Quinto Fabio, Régulo, Trajano o Eneas (XX, 68-69). Parece crear con ellos la imagen del gobernante ideal que también proclamaba Platón (*Rep.* IX). Y es entonces cuando finalmente, Diego Arias evoca el mito que ya nos venía sugiriendo en las octavas anteriores, dirigiéndose a Quiñones en los siguientes versos:

Si tú duraras más en el gobierno
pusieras en su punto a la justicia,
volviéndola a su trono del destierro,
y al primer siglo de oro este de hierro.
(XX, 71, 5-8)

Son versos que nos recuerdan a los de la *Égloga* IV, como si quisieran poder regocijarse con las mismas esperanzas que embargaban a Virgilio cuando decía: *Vuelve la Virgen ya, vuelve el reinado primero de Saturno, y al fin baja estirpe nueva desde el alto cielo* (B. IV, 8-10). El poeta retoma así el mito de las edades en relación a la partida de Astrea como personificación de la justicia, y utiliza esta metáfora para expresar su fe en el gobierno de Quiñones. Y prosigue Diego Arias imaginando esa edad feliz, con la mención de algunos de sus elementos característicos, como las mieses, aquellas a las que también se refería Ovidio (*Met.* I, 109) y con las que soñaba Virgilio (B. IV, 42):

Tuviéramos celestiales regalos,
los campos de granadas mieses llenos,
hubiera mil lucidos intervalos,
fueran los latrocinios muchos menos:
que a donde no castigan a los malos
poca seguridad tienen los buenos,
ni habrá donde temor de él no hay ninguno
ni esperanza de premio, bien alguno.
(XX, 72)

Sus últimos versos vuelven, sin embargo, a los lamentos. El poeta juega así con el contraste entre ambas edades, continuando, aunque brevemente, con el *topos* que ya Ercilla había utilizado para referirse a un episodio en tierras chilenas. La diferencia, sin embargo, es que Arias confronta dos estados morales de la misma sociedad; sus reflexiones giran en torno a los españoles, a aquellos que se pretende de ellos y a aquello que realmente son. Se trata de un pasaje breve, pero relevante, ya que confirma la fuente de inspiración de gran parte del poema. Desde sus comienzos, la obra parece sugerirnos la representación de un mundo sumido en los vicios, que hace de los hombres los culpables de sus propios dramas. Pero no es hasta el canto XX, en estos pocos versos, cuando el poeta evoca abiertamente el mito de las edades.

Se trata, como en el caso de Ercilla, de un momento histórico que inspira la imaginación del poeta. No hay, por tanto, ficción literaria. Son la literatura y la mitología las que parecen ponerse al servicio del poeta para representar y comprender el entorno

que vivió, y así, en lugar de deformarla, refuerzan el sentido y el valor de su experiencia. Por muy breve que sea, la presencia explícita de la tradición clásica en este poema resulta clave para comprender el espíritu que anima a la obra en su totalidad.

Las Guerras de Chile y la travesía por las edades

Contemporáneo a *Purén Indómito* es el poema anónimo *Las Guerras de Chile*, que suele atribuirse al soldado Juan de Mendoza Monteagudo, aunque con mayor seguridad y en términos más amplios, a un miembro de las huestes españolas comandadas por el gobernador de Chile Francisco de Quiñones, arribadas a Arauco en 1599 (O’Ryan 1898: 11-31; Medina 1878: 239-259; Menéndez y Pelayo 1948: 254-256).

La obra relata un periodo muy similar al poema de Diego Arias, aunque los acontecimientos que describe son menos. Sus versos manifiestan con mayor claridad la influencia de la tradición clásica, enriqueciéndolos literariamente con interesantes digresiones, pero alejándolos, al mismo tiempo, de los asuntos puramente históricos de los que *Purén Indómito*, en cambio, es más abundante.

El tono de los versos, sin embargo, posee ciertas similitudes entre ambos poemas. Tal como Diego Arias, el autor de *Las Guerras de Chile* parece haber sido testigo de la crisis de la conquista de Chile y así, pese a haber espacio para las proezas de admirables héroes, subyace al mismo tiempo un acento crítico, que no idealiza al épico mundo de Arauco, sino que lo hace objeto de cuestionamientos. Son asuntos que parecen arrastrarse desde la obra de Ercilla, pero que van tomando fuerza con el transcurso del tiempo, confirmados por el curso que habían tomado los acontecimientos.

Para el caso que ahora nos ocupa, el del mito de las edades, *La Araucana* parecía hacerse eco de esta tradición a fin de advertir acerca de los problemas que podía acarrear la conquista en su paso por las desconocidas tierras del sur. *Purén Indómito* refuerza estas advertencias cuando denuncia los problemas éticos que son propios del mundo “civilizado”, esto es, de la colonia española. Y *Las Guerras de Chile* ofrece ya la concretización de las anteriores advertencias cuando vuelve sobre las tierras descubiertas por los hombres de García Hurtado –Ercilla, entre ellos– y reflexiona acerca de las consecuencias de este encuentro entre los dos mundos o las dos edades del mito.

El pasaje toma forma como un excursus que se inicia en el canto X, con la llegada de un navío holandés a las costas de Castro, Chiloé, al sur de Chile. El poeta nos introduce en estas tierras con la descripción de la ingenuidad de sus habitantes, que ya nos evoca la edad primitiva de los hombres y se intercala de algunas perífrasis mitológicas:

De aquesta jente y brutos moradores
es andar el oficio y cierto empleo
unos con trasmallos cercadores
cazando los vivientes de Nereo;

otros en huecos leños surcadores
 matándole las reses a Proteo,
 y de otros por escollos y por rocas
 es su andar por su aceite tras las focas.
 (X, 104)

No se trata, de todos modos, de una descripción exacta de la mitológica edad de oro. Después de todo, el poeta nos presenta a unos indígenas que deben trabajar para obtener los frutos de la naturaleza, manteniendo así su criterio histórico. Pero, con todo, nos ofrece una imagen que funde al hombre y a su entorno natural, enfatizando además en la condición primitiva e inocente de estos aborígenes, similar a esa simplicidad de la que hablaba Lucrecio al referirse a los primeros hombres. Así, el poeta volverá a referirse a ellos como *brutos moradores* (X, 107, 1) y agregará los epítetos de *incautos* (X, 107, 2 y 108, 1) y de *simplesimos* (X, 108, 1), presentando entonces a este pueblo a partir de la idea del “buen salvaje”.

A este mundo habrían arribado, entonces, los holandeses, quienes les relatarán la travesía que los había llevado hasta ahí y que habían comenzado movidos por la sed de gloria y de riquezas⁷. Su ambición había surgido a raíz de un sueño que había tenido el jefe de la expedición, y que el narrador —uno de los navegantes holandeses— menciona con el nombre de Hermes, lo que nos sugiere ya un intento del poeta por configurar este episodio como una aventura épica de acuerdo a los cánones dictados por la tradición clásica.

Habiendo sido siempre un aventurero, deseoso de superar toda frontera —*porque, como Alejandro, de animoso, pequeño todo el mundo se le hacía* (X, 124, 3)—,

⁷ Contando siempre con una base histórica, aunque su objetivo sobrepase el de la mera constatación de hechos, este excursus parece inspirarse en el arribo de dos naves holandesas que, con fines comerciales, aunque armadas, habrían atravesado el estrecho de Magallanes, sufriendo de la inconstancia climática de la zona. Por eso, habrían solicitado ayuda a las autoridades hispanas del reino de Chile, tal como consta en una carta de Francisco de Quiñones al virrey del Perú de fecha 25 de noviembre de 1599 (Medina 1902: 198-201) y que es confrontada con otras fuentes por Barros Arana (1884: III, XVI, 3-4, págs. 273-281). Dice este último historiador que cinco naves flamencas zarparon del puerto de Goeree el 27 de junio de 1598, corriendo luego distinta suerte. En *Las Guerras de Chile* hay también una alusión a las cinco naves al decir el poeta: *en cinco casas huecas de madera* (XI, 1, 3). Éstas habrían entrado en el estrecho de Magallanes el 6 de abril de 1599, travesía en la cual murieron más de cien hombres. Las naves se dispersaron y se tuvo noticia de dos de ellas. Una desembarcó en la isla Mocha, debiendo enfrentar a los poblados indígenas que dieron muerte a gran parte de la tripulación. Y la otra, comandada por Simón de Cordes, arribó al archipiélago de los Chonos, donde se entabló un buen trato con los indígenas. Seguramente, a esta segunda nave se refería el poema *Las guerras de Chile*, aun cuando lo que interese al poeta sea insertar este episodio de acuerdo a las formas y tópicos de las epopeyas clásicas, para realizar, finalmente, una crítica a los procesos de conquista y de colonización del sur de Chile.

Hermes soñó una noche con una mujer que le prometía un viaje colmado de fortuna y de riquezas:

Era de linda traza y jentileza
la dama, algo morena de semblante;
de jemas trae corona en la cabeza
más que la de Ariadna rutilante;
la ropa azafranada de una pieza
la trae toda estrellada y relumbrante,
de finas piedras más que tiene Ortosía⁸
y todas esmaltadas con ambrosía.

Pues esta de presencia tan señora,
tomando acento enérgico y gallardo,
diciendo: 'soy la hija de la Aurora',
delante se le puso al sueño y tardo,
'que de cuanto en mi seno encubre Flora
y circundado de aguas sacras guardo,
ofrezco de caudal ya más quilates
que tuvo Midas, Creso y Policrates.
(X, 126-127)

La presentación de esta figura femenina, así como el contexto en el que se inserta, nos sugiere a la diosa Astrea, la que, si bien según Hesíodo sería hija de Zeus y Temis, es identificada por Arato como hija de Astreo y de Aurora (Arat., *Phaen.*, 96-136; Hyg., *Astr.*, II, 25, 1-4) (Ruiz de Elvira 1995: 68). Después de todo, es también la constelación de Virgo —de ahí su condición de brillante y estrellada—, y la diosa que reinó en el mundo de los hombres durante las edades de abundancia, es decir, las edades de oro y de plata, abandonando la tierra, finalmente, cuando los hombres olvidaron el valor de la justicia y se sumieron en el vicio de la codicia (Ov., *Met.* I, 149-150). Por lo demás, su mención en un contexto como éste, ya no nos resulta extraño: Ercilla y Arias ya habían aludido a ella en los pasajes antes referidos.

Su promesa, entonces, debía ser entendida en los términos que describen la edad de oro: Astrea ofrece un mundo mejor, caracterizado por la abundancia y la prosperidad. Y es Hermes quien parece traducir esta promesa como una oferta material de oro y riquezas, que mueve a su ambición y que le permite rápidamente reunir hombres —*más que los de Jasón determinados* (X, 130, 4)— para que lo acompañen en la consecución de este objetivo.

El motivo de la expedición no será otro, por lo tanto, que la característica más propia de los hombres de la edad de hierro, esto es, la codicia. Y así lo hace saber el

⁸ Ortosía es una de las Horas, diosa de la prosperidad (Hyg., *Fab.*, 183). Las Horas fueron las que obsequiaron a Ariadna la corona que se menciona en el verso 4 (Hyg., *Astr.*, II, 5, 1).

poeta, cuando cierra el canto X lamentando los excesos que han tentado históricamente a los hombres y que acaban por condenarlos, evocándonos con los siguientes versos el concepto clásico de *hybris*:

Por Asia va Alejandro tan superno
que le parece poco lo criado,
y allí le sobreviene sueño eterno
y queda a los gusanos entregado;
quiere como el autor del bajo infierno
quitar Nabuco a Dios el nombre y grado,
y saca de intentar tan alto hecho
el verse entre los hombres bestia hecho.

Adonde por el pártico tesoro
a Mario Craso lleva su codicia,
allí mismo la pena le da el oro
y acabase con él el avaricia;
va César a juzgar altivo el foro,
y allí de su persona hacen justicia;
quieren los de Babel alzarse al cielo
y hállanse abatidos en el suelo.

Pero la de Nabuco el insapiente,
las de Alejandro y otros codiciosos,
de los que lo intentaron imprudente
y agora lo intentamos ansiosos
son y serán empresas, finalmente,
¡Oh! vanos pensamientos de ambiciosos,
en que anhelando buscan los mortales
para las cortas vidas largos males.
(X, 134-136)

La *hybris* sería entonces el sello de la edad en la que vivían los holandeses y motivo para que el canto XI se abriera con su condena⁹. Adentrados ya en el mar, una noche se le habría aparecido a Hermes un espectro marino aterrador, que se identificó con las siguientes palabras:

Todos los que a este cuerpo ven grosero
es fuerza ver sus fines inhumanos:
yo soy de la venganza el hado fiero

⁹ Eva María Valero (2008: 12-13) hace notar que el viaje en barco en la literatura áurea está asociado a la codicia o a la locura, que lleva a los hombres a arriesgar sus vidas por buscar una incierta prosperidad, siguiendo así un motivo de la tradición cultural occidental que se inicia con Ulises en la isla de Circe. Y agrega que es el mar, en tales casos, el símbolo de la soberbia y de la ambición del hombre.

a quien llamáis Ranusia los humanos,
que desde que la imán mostró el acero
a estar fijo a los polos soberanos,
ando por estos campos procelosos
hecho común castigo de ambiciosos.

Viéndose de Japeto el insaciable
autor deste primer atrevimiento
arar la tierra cara, venerable
con un madero vil, armado en viento,
sentido ya de injuria tan notable,
el grande mar Océano, al momento
buscó vengarse del ultraje
en él y todo junto en su linaje.

Y al punto requestando para aquesto
la negra virjen de la Ereba curia
con la engañada Noche haciendo incesto
en ella me enjendró con rabia y furia,
y yo, que todo en rabia fui dispuesto,
vengando desde entonces bien su injuria,
ando en cuanto mi madre a ver alcanza
haciendo por mi parte la venganza.
(XI, 8-10)

Ranusia es Ramnusia o Némesis¹⁰, con el nombre que recibe en su templo de Ramnunte (Paus., I, 33, 2-3) y se presenta en estos versos como la personificación de la cólera justificada de los dioses contra el atrevimiento humano, precisamente esa *hybris* de la que se lamentaba el poeta al cerrar el canto anterior.

Su presentación, entonces, adquiere sentido al insertarse en el mismo mito de las edades, asociada incluso a Astrea —como *Aidós* y diosa de la justicia—, tal como ya las vinculaba Hesíodo cuando relataba el abandono de la tierra que realizaban ambas en tiempos de la edad de hierro: “Ya las vírgenes Aidós y Némesis, los bellos cuerpos envueltos en blancas vestiduras, la anchurosa tierra por el cielo han dejado y abandonan a los hombres por los dioses inmortales” (*Op.*, 200).

Por otra parte, la mención de Jápeto y de su atrevimiento¹¹, nos evoca también la figura de Prometeo, reforzando así la idea de la edad de hierro o al menos la conde-

¹⁰ En XI, 27, 7, es mencionada explícitamente con este nombre. Sus orígenes funden en esta versión diversos relatos: se presenta así como hija de la Noche y de su ereba oscuridad (Hes., *Th.*, 223; Hyg., *Fab.*, prefacio), y como hija del Océano (Paus., I, 33, 3), elementos que permiten insertarla en la navegación de los holandeses.

¹¹ No queda del todo claro si se refiere directamente a Jápeto o a Prometeo como su hijo. En el primer caso, podría aludir al atrevimiento de Jápeto de haberse unido a la oceánide Clímene para tener como hijos a Atlas, Menetio, Prometeo y Epimeteo (Hes., *Th.*, 507 y ss.). Ello pudo haber motivado a Océano a concebir a la Venganza.

na del género humano, tal cual sugieren los últimos versos de la octava. Hermes sería así una víctima más de su propia ambición, personificación entonces de los excesos humanos y de la culpa que deben asumir ante los mismos. De este modo, Ramnusia le declara su trágico destino:

Mañana antes que el sol huya de Arturo
y antes que el sacro Can a Febo ladre,
tras adonde el triste Palinuro
echó con sueño lívido mi madre,
hará tu vida vana ocaso oscuro,
y al fin sumerso en senos de mi padre,
de tu bando el primero serás suyo,
ya no verás la tierra, centro tuyo.
(XI, 15)

Las naves se quedaron entonces sin su almirante, y el cargo debió asumirlo Simón de Cordes, quien enfrentándose a los temores de la tripulación, sólo cambió el rumbo que originalmente se habían propuesto¹².

Los infortunios, sin embargo, no acabaron con la muerte de Hermes. Ramnusia había condenado al sufrimiento a toda la tripulación y éste lo padecerán en un viaje que los encamina por tres edades distintas –comenzando desde la suya, la de hierro– tal como el mismo narrador lo relata:

Ya con calor nocivo, ya con hielo,
arando las lacustres unidades,
metidos entre mar continuo y cielo,
pasamos de Lucina tres edades
sin ver más que diversas de modelo
del arjentado imperio las deidades,
que del cristal saliendo deleznales
sus bultos nos mostraban formidables.
(XI, 22)

La navegación adquiere entonces un carácter que sobrepasa el de un simple viaje comercial o expedicionario; es ahora también una travesía mítica –que los encamina por las distintas edades–, un retroceso histórico –que los retorna a las edades primitivas– y una senda moral, que tal como ocurría en *La Araucana*, expurga a los expedicionarios de los vicios propios de su tiempo, lo que les permitirá arribar al mundo ya anunciado por Astrea y ahora confirmado en la alusión a Lucina (Verg., *B.*, IV). La edad de plata es señalada desde el verso 22, 5, pero se extiende en la

¹² Según Barros Arana (1884: III, XVI, 3, pág. 274), el 23 de septiembre de 1598 falleció Jacobo Mahu, jefe expedicionario con el que habían zarpado los holandeses y en el que pudo estar inspirado el personaje de Hermes.

octava siguiente con la mención de diversas figuras mitológicas que los navegantes habrían visto desde la cubierta de sus naves:

Vimos de los ganados de Proteo
 los que hasta allí no vido ojo ninguno,
 los tritones, asombro de Tifeo,
 sobrinos por el padre dios de Juno;
 a los glaucos, de rostro humano y feo,
 los bípedos caballos de Neptuno,
 y otros que de aquel reino son vecinos,
 dioses epitrepodes y marinos.
 (XI, 23)

La travesía acabaría entonces en la edad de oro, que coincidiría con las tierras del sur de Chile. No se trata, por supuesto, de una Isla de los Afortunados, de un mundo prehistórico o de un paraíso mitológico. Es siempre un escenario histórico, pero que parece evocar las bondades de esa mítica edad de oro y que, en contraste con los padecimientos de los holandeses, sí se ofrece como un mundo mejor, al menos en términos morales. Así se los hace saber el cacique que los recibe y que da a entender que esas tierras son la meta de su viaje:

El sol acá sin duda te ha enviado
 a fin de que de un mal libres extremo
 aquesta gente mísera, subjeta,
 que a mí por su cacique me respeta.
 (XI, 33, 5-8)

Pero las palabras del cacique no idealizan tampoco esta meta. Su discurso hace ver cómo sus tierras vivían en esa inocencia y abundancia propias de la edad de oro, pero que poco a poco las iban perdiendo. El origen de este proceso degenerativo no habría sido otro que la llegada de la expedición de Ercilla a esas regiones, y que se nos presenta nuevamente sugiriendo el contraste con la edad del hierro y de la codicia. *Las Guerras de Chile* continúa entonces el argumento que *La Araucana* ya había iniciado y resuelve lo que para Ercilla eran aún sólo inquietudes:

Aquestos, pues, de estar ya descontentos
 en parte tan tendida y tan amena,
 sabiendo, por mandarnos ya sedientos,
 que aquesta acá de gente estaba llena,
 pasando contrapuestos detrimentos
 de montes, archipiélagos y arena;
 de sus pesados brazos, intangibles,
 jugaron hasta aquí como invisibles”.
 [...]
 “Sí, pues, ya vencidos de invenciones,
 les damos el tributo de contino,

y ya en trocados robles y tablones,
que el cuerpo con afán labra mezquino,
y ya en oro que en hechos socavones
el descarnado suelo nos da fino,
y en esto tanto así se descomiden
que mientras más les damos, más nos piden.
(XI, 35 y 38)

El Mito de las Edades y el valor de los clásicos

Aunque los pasajes recién analizados son bastante breves, el espacio que ofrecen para la tradición clásica es relevante a la hora de intentar comprender el espíritu que anima a estos poemas. Resulta interesante, en primer lugar, constatar que el mito de las edades no se inserta en estas obras artificialmente. No es la literatura la que se impone a la historia, sino que se coloca al servicio de ella para llenarla de sentido.

Tal como había ocurrido en otras latitudes de América, los testigos de la conquista en Chile parecen haberse asombrado con algunos poblados indígenas que mantenían sus condiciones primitivas, su contacto con la naturaleza y la inocencia propia de las culturas no sometidas a la guerra. Y teniendo en sus mentes las lecturas de los clásicos, que tan recurrentemente hablaban de los orígenes del hombre y de la edad de oro, su modo de enfrentarse a estas realidades desconocidas bien pudo consistir en asimilarlas a lo que, al menos, conocían a través de los libros.

Sin embargo, la característica que distingue a estos tres poemas y que ya hacíamos notar, es decir, que no deforman la historia para insertarla en la tradición épica, sino que se sirven de la tradición para explicar la realidad, parece tener también una explicación histórica.

La Araucana, en primer lugar, nos ofrece quizás uno de los relatos épicos más literarios de la conquista de Arauco. En ella hay espacio para la idealización de ciertos personajes y para la incorporación de algunas figuras ficticias y mitológicas. Chile recién estaba siendo descubierto y toda su realidad resultaba extraordinaria. Así entonces, el poema de Ercilla se constituyó en una de las primeras representaciones de Chile y posee, en este sentido, un cierto carácter fundacional. “El inventor de Chile, don Alonso de Ercilla, iluminó con magníficos diamantes no sólo un territorio desconocido. Dio también la luz a los hechos y a los hombres de nuestra Araucanía”, decía Pablo Neruda (2002: 250).

Con todo, Ercilla intenta no deformar la realidad histórica, pero al poseer una perspectiva algo más idealizada del proceso de conquista, sus críticas sólo se expresan en términos de inquietud. Esto es, precisamente, lo que cambiará con el transcurso del tiempo. A medida que avanzaron los años, la guerra de Arauco se hizo más violenta y dramática, tanto para españoles como para araucanos. La misma prolongación del conflicto —que parecía interminable— debió haber sido causa para el hastío y para el surgimiento de una visión más crítica respecto del proceso de conquista, y de los modos y motivos para la colonización.

Los poemas *Purén Indómito* y *Las Guerras de Chile*, nos ofrecen así una visión de sus tiempos que tiene claro aquello que consideran malo, frente a lo que idealizan como bueno. Es una perspectiva más maniquea, que continúa sirviéndose de la tradición clásica, pero adaptándola a sus propias necesidades de comprensión. Lo bueno se idealiza bajo el concepto de la edad de oro, y se contrapone a todos los vicios que se reúnen en la edad de hierro, de la que los mismos poetas se sienten parte.

Al elaborar esta oposición maniquea, los europeos recurren por fuerza a tópicos literarios que hunden sus raíces en la Antigüedad Clásica. Resulta así que los indios viven en la Edad de Oro cantada por los poetas clásicos y se asemejan a los Seres o a los Hiperbóreos. Sobre ellos se proyectan pues, todos los anhelos y ensueños de una civilización que de pronto se siente vieja y caduca y que quiere refugiarse en el mito de un mundo feliz: la fábula del buen salvaje constituye la válvula de escape de una sociedad convulsa y acosada por el entorno y que busca a toda costa una evasión, un consuelo asiéndose a una irreal quimera (Gil 1986: 96).

Aunque las palabras de Gil no aluden directamente al caso de los poemas sobre Arauco, gran parte de ellas pueden explicarnos ese ánimo que caracterizaría a *Purén Indómito* y a *Las Guerras de Chile*. Sin embargo, no intentan ellos idealizar a los indígenas, sino más bien hacer uso del mito de las edades para la evocación del bien que se ha perdido y que no parece hallarse más que en el pasado¹³.

El uso particular que le dan estos poetas a la tradición clásica es la que nos viene a confirmar entonces el inagotable valor de sus fuentes, que no se impone rígidamente a los autores, sino que se adapta para servir a cada uno según las necesidades, las vivencias y el contexto que hayan caracterizado a sus propias épocas.

BIBLIOGRAFÍA

ANTELO, Antonio.

1975 "El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas del siglo XVI", *Thesaurus*, XXX, págs. 81-112.

BARROS ARANA, Diego.

1884 *Historia General de Chile*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes.

¹³ Curiosamente, se trata de una visión invertida frente a la de otros autores modernos, aunque posteriores, como Rousseau o Hobbes, para quienes la sociedad y el derecho positivo son los que permiten al hombre alcanzar una cierta paz y prosperidad. Es la visión contrapuesta, que aún así nos sugiere la pervivencia de una tendencia por contrastar al mundo de lo primitivo y al de lo civilizado, calificándolos según las intenciones ideológicas que posea cada autor.

- CONCHA, Jaime.
1969 "El otro nuevo mundo", en *Homenaje a Ercilla*, Concepción, Universidad de Concepción, págs. 31-82.
- GIL, Juan.
1986 "El libro grecolatino y su influjo en Indias", en *Homenaje a Enrique Segura Covarsi, Bernardo Muñoz Sánchez y Ricardo Puente Broncano*, Badajoz.
- LERNER, Isías.
1993 "Estudio crítico", en ERCILLA, Alonso de, *La Araucana*, Isías Lerner (ed.), Madrid, Cátedra.
- LEVIN, Harry.
1969 *The myth of the Golden Age in the Renaissance*. Bloomington, Indiana University Press.
- MEDINA, José Toribio.
1878 *Historia de la literatura colonial de Chile*. Santiago de Chile, Imprenta Librería del Mercurio.
1961 *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*. Segunda Serie, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina (1902).
- MENDOZA MONTEAGUDO, Juan de.
1888 *Las Guerras de Chile*. Santiago de Chile, Editorial Ercilla.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino.
1948 *Historia de la poesía hispano-americana*. Madrid, CSIC.
- NERUDA, Pablo.
2002 *Para nacer he nacido*. Barcelona, Seix barral (1978).
- O'RYAN, Juan Enrique.
1898 *Don Juan de Mendoza Monteagudo. Estudio crítico*. Valparaíso, Imprenta de la Patria.
- ROSCHER, W. H.
1965 *Lexicon der Griechischen und Römischen mythologie*. Hildesheim, Georg Olms.
- RUIZ DE ELVIRA, Antonio.
1995 *Mitología Clásica*. Madrid, Gredos (1975).
- VALERO JUAN, Eva María.
2008 "Por el camino de la mar, el viaje hacia el ideal de Alonso de Ercilla", *Atenea*, 498, págs. 11-31.